

Más allá de la domesticidad. Un análisis de género de los trabajos de los inmigrantes en el sector informal

Pierrette Hondagneu-Sotelo
Emir Estrada
Hernán Ramírez

Universidad del Sur de California. Departamento de Sociología
sotelo@usc.edu; loy@usc.edu; hernanra@usc.edu



Recibido: 14-10-2010
Aceptado: 20-05-2011

Resumen

El género es una característica constitutiva de las relaciones económicas y sociales. En el presente documento, se examina cómo el género está íntimamente ligado al aumento de las ocupaciones del sector informal entre los nuevos inmigrantes. Nos centramos en tres empleos en el sector informal que se han institucionalizado como ocupaciones de inmigrantes latinos en Los Ángeles, California: el trabajo doméstico remunerado, el mantenimiento de jardines en zonas residenciales y la venta ambulante. El análisis de género es comúnmente empleado en los estudios sobre las mujeres migrantes que trabajan en el sector doméstico remunerado, considerado durante mucho tiempo como un paradigma «natural» de empleo femenino. El género, sin embargo, no se limita a la esfera del hogar o al espacio exclusivamente considerado como perteneciente a las mujeres, sino que es una condición que afecta a todas las personas y a los distintos sectores de la sociedad. Nosotros sostenemos que la próxima etapa de la investigación sobre género y migración requerirá ampliar el análisis de género a nuevos escenarios, incluyendo a los hombres y a los jóvenes en las esferas públicas, por ello ofrecemos un análisis de las continuidades y las discontinuidades del género en estos contextos diversos.

Palabras clave: sector informal; género; trabajadores inmigrantes; masculinidades; juventud.

Abstract. *Beyond domesticity: A Gendered Analysis of Immigrant Labour in the Informal Sector*

Gender is a constitutive feature of economic and social relations, and in this paper we examine how gender is intimately bound up with the rise of informal sector occupations among new immigrants. We focus on three informal sector jobs that are widely accepted as Latino immigrant jobs in Los Angeles, California: paid domestic work; suburban garden maintenance; and street vending. Gendered analysis is commonly employed in studies of migrant women working in paid domestic work, long regarded as a paradigmatic “natural” job for women. Gender, however, is not only confined to the domestic sphere nor exclusively attached to women, but rather it is a system that affects all people, and different sectors of society. We argue that the next stage of gender and migration research

will require extending gendered analysis to new arenas, including men and youths in the public sphere, and we offer an analysis of the continuities and discontinuities of gender in these diverse contexts.

Key words: informal sector; gender; immigrant workers; masculinities; youth.

Sumario

Trabajadores inmigrantes latinos en Los Angeles	Metodología
Género y migración	Conclusión
El género en relación con el trabajo y con el empleo	Referencias bibliográficas

El género es una característica constitutiva de las relaciones económicas y sociales. En el presente documento, se examina cómo está íntimamente ligado al aumento de las ocupaciones del sector informal entre los nuevos inmigrantes. Partiendo de la observación participante y de las entrevistas realizadas, nos concentramos en tres empleos del sector informal que se han institucionalizado como empleos de inmigrantes latinos en Los Ángeles, California: el trabajo doméstico remunerado, el mantenimiento de jardines en zonas residenciales y la venta ambulante en la calle. El análisis de género es comúnmente empleado en las investigaciones sobre las mujeres migrantes que trabajan en las tareas domésticas remuneradas, consideradas durante mucho tiempo como un paradigma «natural» de empleo para ellas. En este trabajo, se argumenta que un análisis de género no sólo es relevante cuando se estudia a la mujer en ocupaciones comúnmente consideradas femeninas, sino que también es un objetivo igualmente relevante cuando se estudia a los hombres y a los jóvenes.

Comenzaremos por definir el contexto de trabajo de inmigrantes latinos en Los Ángeles y proporcionaremos una visión general de la literatura de las ciencias sociales sobre el género y la migración. A continuación, expondremos la metodología empleada en nuestras investigaciones sobre el trabajo doméstico remunerado, el mantenimiento de jardines en zonas residenciales y la venta ambulante. Después, examinaremos como cada una de estas ocupaciones son moldeadas por las relaciones de género, centrando la atención en las mujeres latinas inmigrantes que trabajan como niñeras y limpiadoras de casas, los hombres inmigrantes mexicanos ocupados en la jardinería y las hijas de los inmigrantes latinos, todas ellas menores de edad, que trabajan vendiendo en la calle.

Trabajadores inmigrantes latinos en Los Ángeles

Contemplar la posibilidad de un día en Los Ángeles en que no esté disponible la mano de obra de los inmigrantes latinos representa un abrumador esfuerzo de imaginación, ya que una gran variedad de servicios y productos desapa-

recerían o llegarían a ser prohibitivamente caros. Casi todos los porteros, los cocineros, los ayudantes de camarero, las camareras de hotel, los pintores y los trabajadores de tintorería de alfombra son inmigrantes mexicanos o centroamericanos. También lo son las trabajadoras domésticas y los jardineros. ¿Quién da empleo a estas personas? En gran parte, sirven a los ricos. Los Ángeles es un centro económico dinámico para el comercio del borde del Pacífico y sirve como un «puesto de mando» regional para la economía global (Sassen, 1991). Es también la sede de muchos servicios del negocio y de Hollywood, la capital mundial de la industria del entretenimiento. ¿El resultado? Los Ángeles es un lugar donde se concentran muchas personas con trabajos muy bien remunerados (abogados, contadores, agentes de bienes raíces, consultores, terapeutas, etc.) y, como Sassen nos recuerda, los trabajos bien pagados que resultan de la globalización crean los trabajos de baja remuneración. Los mexicanos se concentran en estos segundos oficios.

Los Ángeles siempre ha sido una ciudad con habitantes mexicanos —de hecho, formó parte de México hasta 1848—, pero la migración mexicana aumentó dramáticamente a finales del siglo xx, incitada por cambios en las leyes referentes a la emigración, el fin del Programa Bracero, el desarrollo de redes sociales migratorias y una demanda aparentemente insaciable de trabajo. En los años ochenta, las guerras civiles en Guatemala y El Salvador condujeron a cientos de miles de habitantes de América Central a los Estados Unidos. Al cabo de poco tiempo, Los Ángeles llegó a ser la segunda capital para salvadoreños y guatemaltecos. Consecuentemente, el censo de Estados Unidos del año 2000 informó que el 47% de almas de Los Ángeles, es decir, 3,6 millones de residentes, tenían ascendencia latina, y 1,5 millones de angelinos habían nacido en el extranjero.

Los Ángeles es una ciudad grande, y cuando discutimos la gama de trabajos del sector informal que se ofrecen en ella, es importante tener en cuenta el carácter espacial de que goza. A diferencia de San Francisco o Nueva York, Los Ángeles es una ciudad suburbana y horizontal. La ciudad misma incluye 469 millas cuadradas (1.215 kilómetros cuadrados), pero el condado de Los Ángeles, con una población de 10 millones de personas, incluye 4.061 millas cuadradas (10.517 kilómetros cuadrados), y el área más grande de Los Ángeles, con una población de 16 millones, incluye 33.954 millas cuadradas (87.940 kilómetros cuadrados).

Este carácter horizontal de la ciudad es importante para las tres ocupaciones sobre las cuales hablaremos aquí. A diferencia de las ciudades españolas, la mayoría de las clases medias y de los residentes opulentos de Los Ángeles vive en casas o edificios separados, rodeados por jardines con arbustos y extensiones de césped verde que son meticulosamente cortados y limpiados por un ejército de jardineros mexicanos inmigrantes. Las niñeras y las limpiadoras latinas también descienden diariamente hacia estos mismos vecindarios para proporcionar sus servicios domésticos. Los vendedores callejeros, sin embargo, trabajan en barrios latinos, donde ofrecen en gran parte los servicios que permiten el consumo de alimentos de bajo costo y productos culturalmente

familiares para otros trabajadores latinos inmigrantes y sus familias. El enclave étnico de East Los Angeles, donde los vendedores callejeros entrevistados en este artículo fueron estudiados, es un área que cuenta con 125.000 residentes, el 97% de los cuales son latinos.

Las trabajadoras domésticas, los jardineros y los vendedores ambulantes realizan tareas del sector informal. Se trata de actividades que proporcionan ingresos que no son ilegales, pero que caen en gran parte fuera de las regulaciones formales del Estado. Una literatura extensa examina como estos trabajos, que combinan una gama de formalidad e informalidad, ofrecen oportunidades a trabajadores inmigrantes con clara desventaja en el sector formal. A excepción del caso de las tareas domésticas, esta literatura no ha examinado la manera como las relaciones de género forman estos trabajos y como son realizados. Hay, sin embargo, investigación substancial sobre el género y la migración. A continuación, la revisamos brevemente.

Género y migración

Durante los últimos veinte años, hemos presenciado el surgimiento de una importante serie de investigaciones de ciencias sociales sobre el género y la migración. El resultado es que hoy ya tenemos cuatro ramas muy distintas en este tipo de estudios. En este momento, vale la pena examinar las contribuciones de dichas cuatro áreas.

Primero, tenemos «género y migración», que procura establecer un análisis del género como una parte institucional de los estudios de migración. Aquí, se trata de hacer una intervención para ganar legitimidad para el estudio del género como un asunto central y no marginal en los estudios de migración. El objetivo es el de llevar la bandera del género en estudios de migración, las teorías y los conceptos. Desde los primeros trabajos pioneros de Morokvasic (1984) y Phizacklea (1983), hasta el más reciente de Donato et al. (2006) y Mahler y Pessar (2006), el foco ha cambiado de «mujeres» a «género». Esto es debido a una serie de autores que criticaron los modelos de estrategias del hogar y ofrecieron en su lugar una visión de hogares divididos por relaciones de género y generación, que vieron el género no como una serie de «papeles constantes de sexo», sino como algo dinámico, relacional e inscrito con el poder, y que incluye una multiplicidad de masculinidades y feminidades en redes sociales y hogares (Gil, 1997; Grasmuck y Pessar, 1991, Hondagneu-Sotelo, 1994). El género no es abordado como una serie de diferencias binarias de hembra y macho, sino como una serie de relaciones, fronteras sociales, prácticas e identidades que forman parte de las vidas de personas, inclusive migración y trabajo. No obstante, la bandera de género fue establecida en territorios limitados, y la inmensa mayoría de las investigaciones de migración continúan en la moda androcéntrica.

Una segunda rama ha enfocado su atención exclusivamente en mujeres migrantes y trabajo doméstico. Aquí predominan los conceptos como *carework* ('trabajo de cuidado'), cadenas globales de cuidados y afectos, maternidad

transnacional y trabajo de reproducción social. El énfasis se pone en la transferencia internacional del trabajo de reproducción social de mujeres ricas —o de países ricos— a mujeres de países más pobres, incluyendo los casos en Asia y emigrantes asiáticos (Parrenas, 2001; Lan, 2006), Europa y el Reino Unido (Lutz, 2008; Anderson, 2000; Gil, 2007) y Estados Unidos (Chang, 2000; Ehrenreich y Hochschild, 2003; Hondagneu-Sotelo, 2001-2007). Esta literatura centra su atención en nuevas formas familiares, como la maternidad transnacional (Hondagneu-Sotelo y Ávila, 1997; Parrenas, 2001).

Encontramos una tercera rama sobre sexualidad que está más relacionada con las humanidades y con *queer studies*. Aquí hay un enfoque en las sexualidades, principalmente en la sexualidad heterosexual obligatoria como forma de exclusión social. Sobre esta cuestión, disponemos del libro publicado póstumamente de Lionel Cantu (2009), que investiga como los procesos migratorios de hombres mexicanos gays están involucrados en relaciones de sexualidad, en el turismo y en el asilo legal. También encontramos el libro de Eithne Lubiheid (2002), que analiza como la heteronormatividad es integral a las leyes de control de la inmigración, y el de González-López (2005), que examina las relaciones heterosexuales cotidianas de las mujeres inmigrantes mexicanas para revelar los procesos de poder invisible.

La cuarta rama está marcada por los debates sobre las mujeres, la migración y el *sex trafficking*, el contrabando sexual humano. Aquí se destaca el trabajo de Laura Agustín (2007) y también los estudios de O'Connell Davidson (2006), Casas (2010) y Rhacel Parrenas (2008). La atención se centra en el trabajo sexual como un sector laboral, en la incorporación en él de las mujeres inmigrantes de Europa del Este, el Caribe, África y Asia, y en el turismo transnacional de sexo comercial que se ha desarrollado en lugares tan distintos como Tailandia, Beirut, el Caribe y Europa. Estas investigaciones ofrecen críticas fuertes de la industria de rescate de las prostitutas y, en general, están en contra de una perspectiva de victimización y a favor de la agencialidad de la mujer migrante trabajadora en industrias del sexo.

Estas cuatro ramas no están relacionadas entre ellas. En nuestra opinión, no hay necesidad de abogar por una síntesis. Aquí se revisaron los diferentes escenarios para reconocer la amplitud de la investigación y también para localizar la contribución de nuestro trabajo, en particular, a los dos primeros escenarios examinados, el género y la migración, así como el trabajo de asistencia del sector informal.

El género en relación con el trabajo y con el empleo

Desde luego, existe abundante conocimiento acumulado sobre la cuestión de las relaciones de género en relación con el empleo. Por ejemplo, la segregación de género por lo que respecta a puestos de trabajo es una característica arraigada y dominante (Padavic y Reskin, 2002). La socióloga Reskin (1988) y otros han demostrado que, por lo general, la sociedad y los empleadores devalúan el trabajo de las mujeres, al menos en parte porque las mujeres lo hacen. Asimismo,

sabemos que, en todo el mundo, ellas reciben salarios más bajos que los hombres (Anker, 1998). A pesar del aumento significativo de los logros educativos de las mujeres y de la participación femenina en el mercado de trabajo en la Unión Europea en las últimas décadas, las mujeres siguen estando detrás de los hombres en términos de tasas de empleo, ingresos y logros ocupacionales (Comisión Europea, 2010).

Por otra parte, existe una creciente literatura acerca de los hombres latinos y las masculinidades, la cual tiende a interrogar sobre el estereotipo cultural dominante del machismo (Lancaster, 1992; Melhuus y Stølen, 1996; Mirandé, 1997; Gutmann, 2000; Viveros Vigoya, 2001; Saez et al., 2009; Crossley y Pease, 2009). Esta literatura toma como punto de partida el estudio influyente de Connell (1995), quien sostiene que hay multiplicidades de masculinidades y que algunas de ellas son dominantes, mientras que otras son subordinadas o marginadas. Sin embargo, pocos trabajos examinan específicamente la relación entre la masculinidad latina y el lugar de trabajo (Ramírez y Flores, 2011; Ramírez, 2011). Esto es lamentable, sobre todo si se considera que, en los lugares de trabajo, la identidad de género se construye, se demuestra y se negocia (Kimmel, 2009). Para muchos hombres, sobre todo para los de la clase obrera, su ocupación funciona como prueba externa de su identidad masculina (Williams, 1989).

Metodología

Este artículo se basa en la investigación cualitativa, por lo cual se ha combinado observación participante y entrevistas en profundidad realizadas con muestras no aleatorias de los trabajadores latinos del sector informal. Puesto que el universo de los trabajadores inmigrantes del sector informal es desconocido, no es posible realizar una muestra representativa de ellos al azar. Hondagneu-Sotelo (2001/2007) llevó a cabo un estudio sobre el trabajo remunerado del hogar en Los Ángeles durante la década de 1990. Esto incluyó entrevistas con 23 trabajadoras domésticas y 37 empleadores de trabajadoras domésticas, una encuesta a 153 trabajadoras domésticas y observaciones etnográficas en los sitios públicos y privados. Más recientemente, Ramírez llevó a cabo entrevistas con 47 jardineros mexicanos inmigrantes (Ramírez y Hondagneu-Sotelo, 2009). Estas entrevistas, realizadas en Los Ángeles durante el verano de 2007, incluyeron a jardineros de entre 20 y 63 años de edad. Además, Ramírez hizo una investigación de observación participante con un equipo de jardineros (Ramírez, 2011) y está investigando actualmente la movilidad social mediante la realización de entrevistas con los jardineros que han tenido éxito financiero, así como con sus hijos e hijas jóvenes mayores de edad.

Estrada realizó la observación participante etnográfica de los vendedores ambulantes jóvenes y sus familias en las calles y en los parques del este de Los Ángeles durante nueve meses en el año 2008. También llevó a cabo 20 entrevistas en profundidad con los jóvenes (entre 10 y 18 años de edad) y unas cuantas entrevistas con sus padres (Estrada y Hondagneu-Sotelo, 2011).

Estos jóvenes fueron seleccionados mientras vendían comida en la calle solos o acompañados de sus padres y por medio de referencias (*snowball sampling*).

El presente artículo se basa principalmente en los datos recogidos en las entrevistas realizadas en los tres estudios mencionados. Las entrevistas fueron llevadas a cabo con la aprobación de la Junta de Revisión Institucional para la investigación con sujetos humanos, incluyeron en su mayoría preguntas abiertas y fueron grabadas en audio y transcritas íntegramente.

El trabajo doméstico

Con frecuencia, el trabajo doméstico remunerado no se reconoce como un empleo real, porque está muy relacionado con las tareas no remuneradas que realizan las mujeres en sus casas particulares. A diferencia de las fábricas o de las oficinas, la casa es considerada el sitio destinado a la familia y al ocio, y es vista como un lugar que representa la antítesis del trabajo. Por otra parte, las tareas de las trabajadoras domésticas, como hacer la limpieza, cocinar y el cuidado de los niños y los ancianos, están ampliamente asociadas con expresiones «naturales» de amor de las mujeres hacia sus familias. Muchas de las patronas que entrevisté hicieron comentarios que deslegitimaron el trabajo doméstico como un oficio «de verdad». Dijeron, por ejemplo: «María estuvo conmigo durante ocho años y después consiguió un trabajo real». Deslegitimar el trabajo doméstico como ocupación laboral abre la puerta a la explotación y a la abnegación de la responsabilidad del empleador. Debido al estigma y a la baja condición asociada con las tareas sucias y la limpieza de los fluidos corporales de los demás, incluso muchas de las trabajadoras inmigrantes son renuentes a aceptar sus identidades profesionales, insistiendo en que se trata de una ocupación temporal para ellas. Como dijo una mujer ex secretaria en una oficina de alto rango en México: «El cuidado del niño pequeño no es mi trabajo, pero es más como mi *hobby*». Algunas de las trabajadoras domésticas encuentran una profunda satisfacción cuidando a los niños pequeños, con los que pasan mucho tiempo, y esto también hace que algunas de ellas mantengan la ficción de que este no es un empleo de verdad. Para las mujeres más jóvenes, las aspiraciones de ser madres contribuyen a borrar aún más esta línea. El cuidado de bebés y de niños pequeños se considera especialmente una ocupación hiperfemenina.

En el siglo xx, hubo también oportunidades de empleo público que se abrieron a las mujeres en los Estados Unidos, España y otros países. Como ya es bien conocido, esta feminización de la fuerza laboral fue seguida por la feminización de la fuerza de trabajo global, con las mujeres de las naciones más pobres que migran a través de continentes y océanos para hacer las tareas domésticas abandonadas por otras mujeres. Mujeres privilegiadas de los países ricos pudieron, así, transferir la carga de trabajo de reproducción social a otras mujeres que están subordinadas a ellas por cuestiones de raza, clase, idioma, nacionalidad y ciudadanía. Así, el trabajo doméstico sigue siendo una ocupación de género, pero que trae consigo nuevas relaciones entre los diferentes grupos de mujeres.

Mientras que las mujeres de los países ricos han asumido ocupaciones y carreras profesionales en la esfera pública, no han escapado completamente de sus obligaciones de género en la esfera privada. En los hogares, son ellas quienes se encargan de buscar y contratar a las trabajadoras domésticas. En efecto, subcontratan el trabajo sucio, de limpiar y cuidar, a las migrantes, pero son las mujeres, no sus maridos y parejas, quienes, por lo general, reclutan, contratan y supervisan a las empleadas domésticas. En Los Ángeles, las redes sociales informales entre los empresarios, es decir, amigos, vecinos y compañeros de trabajo, constituyen el método preferido para el reclutamiento y la contratación. «Realmente dependí de las recomendaciones de la gente que yo respetaba cuando quería a alguien», dijo una patrona, «alguien en quien podía confiar en la casa». Las redes sociales inspiran confianza automática respecto a las viviendas particulares y a los niños.

Los estereotipos de género y de raza influyen en la preferencia de la contratación dentro de la ocupación. En Los Ángeles, los empleadores anglos se basan en las imágenes que tienen de las mujeres latinas como criadoras, maternales y amorosas. Esto se vuelve particularmente importante cuando contratan a alguien para cuidar a sus hijos, y sus breves experiencias anecdóticas llevan a algunas patronas a decir que «las mujeres guatemaltecas son las más cariñosas y pacientes», mientras que sus vecinas podrían insistir en que las mujeres salvadoreñas son las más adecuadas para el empleo, ya que saben cocinar deliciosas sopas o albóndigas. Se trata de talentos muy idiosincráticos que son rutinariamente racializados y generados. Aunque ninguna de las patronas entrevistadas dijo algo como «los mexicanos son los mejores trabajadores de limpieza», es evidente, para la mayoría de los observadores, que los trabajadores inmigrantes mexicanos se concentran en una serie de tareas de limpieza, no sólo en el trabajo doméstico, sino también en oficinas y hoteles.

Hay una gran variedad de tipos de puestos dentro del trabajo doméstico. El hecho de vivir en el hogar de sus patronas como internas viene siendo el empleo menos deseable, porque las jornadas son largas: sesenta horas semanales o más no resultan poco comunes. Más aún: no hay separación entre la vida social y la laboral, además, el salario es más bajo. Muchas mujeres dicen que se deprimen y se sienten aisladas en estas condiciones de empleo, pero para las latinas inmigrantes que están recién llegadas y que no disponen de redes de apoyo social de familiares y amigos, vivir dentro de la casa de los patrones resuelve la cuestión de pagar el alquiler. Las mujeres latinas inmigrantes con más años de experiencia en los Estados Unidos son más propensas a buscar empleo como *live-out nanny* y amas de casa, es decir, trabajando para la misma familia cinco días a la semana, pero siempre yendo a su propio apartamento y tal vez con su propia familia por la noche. Finalmente, las mujeres latinas inmigrantes con más experiencia en los Estados Unidos y que poseen recursos tales como la residencia legal y la licencia de conducir de California, se concentran en puestos de trabajo como limpiadoras de casas. Limpian casas diferentes en diferentes días, a veces realizan la limpieza de dos casas en un día. Estas mujeres trabajan solas, cuando los empleadores están fuera del hogar y mantienen una bolsa de clientes diferentes,

al igual que los jardineros que se describen a continuación. Ellas gozan de más autonomía y flexibilidad laboral, sus ingresos son, por lo general, los más altos y, para su subsistencia, no sólo dependen de un jefe al que ven a diario. Puesto que son contratadas exclusivamente para limpiar, no para cuidar niños o ancianos, sus responsabilidades laborales son menos ambiguas.

Las mujeres que emplean a trabajadoras domésticas no necesariamente reclaman la casa como su dominio propio, ni obtienen estatus social o poder de la domesticidad. La entrada de estas mujeres en el empleo remunerado de la esfera pública, así como la devaluación de la esfera doméstica como un entorno femenino, explica por qué hay un descenso en el maternalismo del empleador, la caridad no solicitada y los consejos ofrecidos por los empleadores a cambio implícito de los servicios domésticos extras y no remunerados.

En lugar de ofrecer asesoramiento o empalagosas directrices detalladas para las trabajadoras domésticas latinas, la mayoría de las patronas prefieren mantener las relaciones más distantes. Esto hace que aquéllas, en particular las que trabajan como niñeras y cuidadoras, se sientan invisibles y no respetadas.

En esta sección, he insistido en el papel de las empleadoras de trabajadoras domésticas para mostrar las formas en que la ocupación es generada por las suposiciones de las empleadoras y las prácticas diarias. El trabajo doméstico remunerado está generado no solo porque se identifica como «trabajo femenino», puesto que se organiza entre las mujeres a lo largo de las líneas de raza, clase, género y ciudadanía, sino también porque va construyendo formas nuevas de género en la familia para muchas mujeres en esta ocupación, tales como la maternidad transnacional.

Jardinería y masculinidad

Aunque, históricamente, se asociaba con el trabajo de hombres japoneses estadounidenses en ciudades de la costa del Pacífico (Tsuchida, 1984; Tsukashima, 1991; Hirahara, 2000), el mantenimiento de jardines en zonas residenciales hoy en día se ha institucionalizado como un trabajo para hombres inmigrantes de México (Ramírez, 2011; Ramírez y Hondagneu-Sotelo, 2009; Huerta, 2007). Ha habido una proliferación de jardineros durante los últimos decenios. Es difícil medir el crecimiento del sector informal, ya que los datos del censo tienden a subregistrar la actividad económica informal y el empleo de los trabajadores inmigrantes no autorizados. Sin embargo, datos del IPUMS-USA, una base de datos del censo federal estadounidense a disposición del público a través de su página web (<http://usa.ipums.org/usa/>), muestran que, en 1980, había 8.000 hombres mexicanos nacidos en el extranjero trabajando como jardineros en el área metropolitana de Los Ángeles. En 1990, esta cifra se había más que duplicado a 19.886 y, en 2000, había 31.000 mexicanos nacidos en el extranjero trabajando en la jardinería. El número casi se cuadruplicó en veinte años (Ruggles et al., 2010).

La jardinería es realizada por hombres mexicanos y se organiza a través de redes sociales masculinas. La mayoría de los jardineros vienen de las aldeas

rurales del oeste de México central, donde se criaron realizando labores agrícolas junto a sus padres y hermanos. Los hombres inmigrantes jóvenes y recién llegados suelen ser contratados por parientes masculinos o amigos de sus pueblos, con lo cual se convierten en trabajadores asalariados o ayudantes. Como ayudantes, se someten a un período de aprendizaje informal. Se les enseña como deben hacer el trabajo mientras que ganan salarios bajos y comparten apartamentos llenos con otros hombres solteros inmigrantes. Después de varios años de hacer de ayudantes, muchos jardineros comienzan a trabajar de forma independiente y se convierten en trabajadores por cuenta propia, dueños de sus propias rutas de jardinería y, finalmente, contratan a uno o más de sus propios ayudantes. La mayoría de los propietarios de rutas de jardinería están casados, tienen hijos y esta profesión constituye la fuente principal de los ingresos de su hogar. De hecho, muchos jardineros citan el matrimonio y la responsabilidad de mantener a una familia como la principal motivación para convertirse en trabajadores autónomos. Como un jardinero explicó: «Cuando me casé, decidí trabajar mejor por mi cuenta. Porque de ayudante no sacas para mantenerte». A veces, llevan a sus hijos a trabajar con ellos desde una edad temprana, especialmente durante las vacaciones de verano.

La jardinería está codificada como trabajo de hombres y se lleva a cabo al aire libre entre la tierra y las plantas. Los jardineros participan en el trabajo físico duro, utilizan tijeras potencialmente peligrosas, sierras y máquinas de cortar, así como herramientas ruidosas con motor de gasolina, todas las cuales ayudan a constituir el dominio masculino. Un jardinero describió las manos ásperas y callosas que resultan de años de trabajo en el oficio como «manos de hombre», un símbolo exterior de una masculinidad honrada de la clase trabajadora. Los jardineros no sólo encuentran empleo a través de parientes masculinos y paisanos, sino que también trabajan entre hombres, con lo cual forman su propia cultura laboral masculina (Ramírez, 2011).

Los jardineros mexicanos inmigrantes expresan su masculinidad de forma sutil a través de sus palabras y sus acciones. Ellos tienden a ser tranquilos mientras hacen su trabajo. Se centran en tareas como deshierbar las flores, regar las plantas, cortar el césped y recortar los árboles y setos. Aun así, cultivan un sentido de camaradería y cercanía trabajando juntos bajo el sol durante largas horas, día tras día. A través de su arduo trabajo de limpieza y mantenimiento de las propiedades de otras personas, los jardineros son capaces de proveer para sus familias, pero también son capaces de ganarse el respeto y la estima de sus compañeros de trabajo, y proyectan una masculinidad que es valorada por sus compañeros de la clase obrera. A menudo, utilizan el humor y el relaxo (Farr, 2006) como un mecanismo de unión masculina y bromean a fin de aliviar el tedio de la jornada laboral.

En general, se trata de hombres de la clase obrera que han sido socializados para mostrar la dureza física y emocional y que han sido criados en una masculinidad tradicional ranchera (Smith, 2006) en sus aldeas de origen, la cual legitima la posición dominante del hombre y la posición subordinada de la mujer. De hecho, los grupos de jardineros a veces hacen comentarios obsce-

nos cuando pasan a mujeres mientras conducen por las calles, participan en el consumo de alcohol en el trabajo y usan bromas y «charritas coloradas» (Peña 1991) o chistes sexistas y subidos de tono como un mecanismo de unión masculina. Asimismo, soportan el dolor que aparece con las lesiones en el trabajo de vez en cuando, y ven a un médico o a un sanador alternativo sólo cuando sienten que es absolutamente necesario. Por supuesto, esta falta de búsqueda de asistencia médica también está sujeta a las dificultades que puede entrañar el acceso al sistema sanitario en Estados Unidos para determinados sectores de la población, ya que muchos jardineros no ganan suficiente dinero para poder pagar un seguro médico particular.

Sin embargo, sería un error pensar que los jardineros irreflexivamente abrazan el machismo o un culto rígido de la masculinidad. Más bien se adaptan a su nuevo entorno y participan en una crítica constante de la masculinidad mexicana estereotípica. Al igual que los hombres en el México urbano contemporáneo que Gutmann (2000) nos describe, los jardineros con más precisión pueden ser descritos como «ni machos ni mandilones». Después de pasar algún tiempo trabajando con ellos, uno es capaz de oír cómo los jóvenes ayudantes hablan con afecto de sus madres y de sus novias en México, y cómo los dueños de las rutas valoran las contribuciones de sus esposas a la crianza de sus hijos y su trabajo no remunerado en la familia. Los jardineros expresan el deseo que sus hijos e hijas obtengan una educación y tengan un futuro mejor, aquel en el que no tengan que realizar trabajo sucio y agotador.

En los barrios más ricos, los dueños de casas emplean tanto jardineros como empleadas domésticas. Los jardineros claramente ven a la jardinería como un espacio de dominio masculino, y con frecuencia les molesta que las mujeres propietarias, o las trabajadoras domésticas que emplean, les digan qué deben hacer. Las interacciones entre jardineros y empleadas domésticas son generalmente cordiales, pero ocasionalmente también pueden ser conflictivas. De acuerdo con un jardinero: «Las gatas se creen más que las dueñas a veces [...] A mí no me gusta discutir problemas con una sirvienta, porque ella no es la que me paga. Si hay algún problema, voy directamente con la patrona». Los jardineros navegan por una matriz compleja de relaciones basadas en raza, clase y género. Ocupan una posición subordinada con respecto a sus empleadoras ricas y anglosajonas, sin embargo, están en condiciones de afirmar su dominio sobre las trabajadoras domésticas, que suelen ser mujeres inmigrantes de México y América Latina.

Al igual que las niñeras y las empleadas domésticas, los jardineros prestan servicio a los propietarios de casas, pero permanecen fuera de ellas. Experimentan poco contacto cara a cara y poca intimidad emocional con los propietarios, y su trabajo no se centra en la reproducción social humana, sino en el mantenimiento y la conservación de propiedades. Es quizás este último aspecto, el cuidado de la propiedad, que tiene valor de cambio y es apreciado por el potencial de inversión —a diferencia del trabajo de limpieza y cuidado de reproducción social humana, que siempre es mal remunerado—, que permite que los jardineros tengan una ventaja basada en el género sobre sus compañeras

que hacen el trabajo doméstico remunerado. La ventaja de los hombres en los resultados del mercado de trabajo persiste.

A pesar de la ventaja basada en el género que los jardineros tienen sobre sus contrapartes femeninas que hacen el trabajo doméstico remunerado, son muy conscientes de la posición subordinada que los jardineros y las empleadas del hogar ocupan en la jerarquía profesional estadounidense y cómo son percibidos a veces por sus empleadores anglosajones. Como un jardinero declaró: «No toda la gente está dispuesta a verlo a uno como a un *ser humano*. Lo ven a uno como el hombre feo de la casa, el más feo de los que llegan allí a la casa, digamos. Lo que es uno y la sirvienta, somos los empleados más fregados allí. Allí todo lo tenemos que hacer nosotros».

Vendedores ambulantes jóvenes

Los Ángeles tiene una larga tradición de venta ambulante, aunque es técnicamente ilegal. Se estima que más de 10.000 vendedores ambulantes trabajan por las calles de los barrios latinos en Los Ángeles en un día determinado (Muñoz, 2008). Se trata predominantemente de inmigrantes mexicanos y centroamericanos y sus hijos. La mayoría de ellos son personas indocumentadas que carecen de permisos de trabajo y no hablan inglés (Dohan, 2003; Dyrness, 2001). Sin embargo, a diferencia de sus padres, la mayoría de los jóvenes que trabajan con sus familias como vendedores ambulantes disfrutan de derechos de ciudadanía estadounidense y hablan inglés. Ellos son parte de la creciente segunda generación en los Estados Unidos.

Estos vendedores ambulantes ofrecen una amplia gama de comida cultural y familiar, como fruta recién picada, elotes, tacos, pupusas o tamales, hasta tarjetas de teléfono y películas piratas en DVD. Los hombres y las mujeres venden a lo largo de las calles, empujando carros de supermercados con ollas de comida recién cocinada. También es común encontrar sitios de venta ambulante donde se reúnen varias personas y ofrecen alimentos de su país de origen, con lo cual crean un mercado abierto, orgánico y efímero, pero ilegal.

A menudo, muchas mujeres que venden por las calles traen con ellas a sus hijos pequeños como una estrategia de cuidado de niños (Hamilton y Chinchilla, 2001; Muñoz, 2008; Dyrness, 2001). Sin embargo, no todos los niños son hijos dependientes que necesitan protección, muchos de ellos también trabajan como vendedores ambulantes y contribuyen a aumentar los ingresos familiares con su labor. Estos jóvenes vendedores son una parte importante para estas familias inmigrantes latinas y forman parte de la estrategia de sus hogares para generar ingresos (Dyrness, 2001).

Hay algunos patrones que distinguen claramente un género de otro entre los jóvenes vendedores ambulantes. Las niñas, en particular, desempeñan un papel importante en las familias y en los hogares de inmigrantes latinos. Desde una edad temprana, se les asigna las tareas domésticas, como limpiar, cocinar y cuidar de sus hermanos menores mientras los padres van a trabajar (Espiritu, 2001; López, 2002). Esta división del trabajo doméstico se extiende más allá

de los límites de su casa, y una serie de ideologías de género acompañan a estas obligaciones. El que se les asigne a estas niñas vender en la calle es sorprendente, ya que las familias de inmigrantes latinos son muy protectores con sus hijas. Por lo general, la esfera pública se concibe como un lugar inadecuado y peligroso para ellas. Hijas adolescentes de familias de inmigrantes latinos son restringidas al hogar (Smith, 2006; González-López, 2005). Sin embargo, el trabajo de la venta ambulante que desempeñan estas niñas redefine la domesticidad. En efecto, la división del trabajo basada en el género que experimentan ellas en el hogar se mueve fuera de su casa y hacia la esfera pública.

Las niñas son vistas como más aptas para desempeñar el trabajo como vendedoras ambulantes porque venden más que los varones. De acuerdo con las entrevistadas, eso es así porque son percibidas por sus clientes como más limpias que sus homólogos masculinos y, por tanto, más aptas para manipular los alimentos. Katia, una joven que ha vendido comida con su madre desde que tenía cinco años de edad, está convencida de que le compran más fruta que a su hermano porque los clientes asocian la limpieza con las chicas. Katia nos dijo: «Algunas personas piensan: “Oh, ella es más limpia porque ella es una chica y él un chico” [los clientes] dicen eso mucho». Esta creencia está extendida a lo largo y ancho de la comunidad, lo que provoca que el turno en el que trabaja Katia y otras chicas sea más deseable. Algunas de las niñas también creen que el éxito de su negocio familiar depende de ellas. Verónica nos dijo: «Si no vengo, no creo que se vaya a hacer mucho dinero». Asociar la higiene con las niñas ayuda a justificar por qué trabajan más que los varones, a pesar de que esta ocupación las exponga a los peligros de la calle, mientras que sus hermanos son capaces de zafarse por completo de esta actividad.

A pesar de que las niñas están en las calles, su movilidad es limitada. A menudo, son controladas por sus padres a través de teléfonos móviles o por medio de parientes que venden cerca de ellas. Esta es una estrategia utilizada por las familias para protegerlas en la calle. Sin embargo, esto significa que, a diferencia de los niños, ellas deben pasar más tiempo junto a su carro de ventas. En cambio, los jóvenes varones son libres de irse con sus amigos sin la supervisión de sus padres y están, en general, menos obligados a trabajar.

No obstante, a diferencia de cocinar, barrer y fregar los suelos en el ámbito doméstico interno, la venta ambulante ofrece a estas jóvenes el respeto y el reconocimiento de sus padres, la remuneración financiera para el consumo de bienes y una distracción del aburrimiento del hogar. Las niñas no son recompensadas por el trabajo que desempeñan en su casa. Las responsabilidades domésticas se ven como obligaciones «naturales» de la mujer y no como un trabajo «real», de manera similar a la experiencia laboral de las empleadas domésticas en Los Ángeles descrita anteriormente. Las niñas suelen comparar su trabajo como vendedoras ambulantes con sus quehaceres del hogar y ven más beneficios en el primero. A pesar de que el ámbito doméstico se encuentra asociado también a su labor de venta ambulante, este tipo de ocupación produce ingresos económicos para su hogar. Así, las niñas son elogiadas y recompensadas por sus padres. Algunas de ellas reciben un pago por su trabajo (de

cinco a treinta dólares por día) y, con ese dinero, compran desde útiles escolares hasta ropa de moda. Lo más importante es que se sienten con más autoridad en su casa, porque, junto a sus padres, están ayudando económicamente a su familia. Como resultado, algunas niñas, incluso aquellas que no reciben remuneración por su trabajo, creen que pueden conseguir lo que quieren de sus padres, incluidos zapatos caros o pantalones de marca. Una de las jóvenes entrevistadas llegó a pedir a sus padres una camioneta. Martha (17 años) dijo: «Así que él [mi padre] me tiene que comprar mi camioneta. Y es por eso, de verdad, como que no me importa trabajar porque sé que... puedo conseguir lo que quiero».

En este contexto, la venta ambulante ofrece a estas jóvenes la oportunidad de salir del aislamiento y la monotonía de la casa impuesta por su género. Por ejemplo, Gloria (14 años) describió de esta manera sus viernes por la noche en casa antes de que su familia decidiera vender tacos en la calle: «Antes de que vendiéramos tacos, yo estaba en casa los viernes [...], y esto era muy aburrido. Solamente mirando televisión y jugando en la computadora y la misma rutina». En contraste, la venta ambulante da a estas niñas la oportunidad de ver a otras personas y de relacionarse con gente.

La labor que las jóvenes realizan como vendedoras ambulantes en Los Ángeles va en contra de las ideologías occidentales en relación con el género y la niñez, puesto que el trabajo remunerado es una actividad ilegal y socialmente inaceptable para los niños menores de dieciocho años de edad (Zelizer, 1985), y la calle es un lugar inapropiado para las mujeres (Smith, 2006). Como en el caso de muchos países desarrollados, en Estados Unidos el lugar apropiado para los niños es la escuela (Zelizer, 1985). La educación obligatoria es un símbolo de modernidad donde los niños están en un ambiente sano y protegidos de las preocupaciones de los adultos y donde su único trabajo es aprender (Nieuwenhuys, 1996: 237). Las jóvenes de este estudio cumplen con sus obligaciones escolares, pero esto no significa que puedan escaparse de sus obligaciones familiares y laborales después de la escuela o los fines de semana, a pesar de su corta edad. En esta investigación, las jóvenes viven una situación paradójica, donde el género las hace más aptas para la venta ambulante. Sin embargo, aunque son empujadas a trabajar en la calle, también están protegidas de los peligros de esta a través de varias estrategias empleadas por su familia inmediata y extensa, y ello, a su vez, refuerza la creencia de género que indica que las niñas necesitan protección. En algunos niveles, la venta ambulante las limita, lo cual amplía el sentido de la domesticidad y la opresión de género más allá de los límites del hogar, pero nuestra investigación muestra también que, dentro de estas limitaciones, las niñas son capaces de desafiar a las normas de género y, a su vez, se benefician de su actividad laboral.

Conclusión

La migración de género a través de fronteras internacionales y el empleo de inmigrantes en ocupaciones segregadas por sexo son aspectos institucionales

de las sociedades contemporáneas. En este trabajo, hemos demostrado la poderosa fuerza del género en la constitución y formación del empleo de inmigrantes en el sector informal de la fuerza laboral en Los Ángeles, California. Una revisión de la literatura académica sobre el género y la migración y el género y el trabajo revelan varios subcampos académicos dispares, y nuestro trabajo empírico se ha centrado en tres ocupaciones de inmigrantes del sector informal, en un esfuerzo para conectar esas literaturas.

Ofrecemos dos puntos de conclusión. En primer lugar, abogamos por la utilidad de usar un marco de género para un análisis que va más allá de los confines de la domesticidad. Los estudios feministas en sociología y campos relacionados dentro de las ciencias sociales han desarrollado una gran cantidad de estudios sobre género y migración, y en particular sobre los nichos laborales de las mujeres migrantes, tales como el trabajo doméstico remunerado y el trabajo sexual. Estos son los lugares «naturales» para buscar el desarrollo del análisis de género, pero nosotros argumentamos a favor de ir más allá de la esfera doméstica. Como hemos visto, el caso de los hombres mexicanos inmigrantes que trabajan en el mantenimiento de jardines en zonas residenciales proporciona una excelente oportunidad para examinar el género. Temas importantes incluidos aquí son las continuidades y los cambios en las construcciones de las masculinidades, los privilegios contextualizados de la masculinidad en la fuerza laboral, las redes sociales entre los parientes hombres y las desigualdades interseccionales.

Es evidente que, en Estados Unidos, los hombres inmigrantes mexicanos están subordinados laboralmente por las relaciones de clase, raza, legados coloniales y estatus de ciudadanía. Sin embargo, vemos que, por lo que se refiere al mantenimiento de jardines, la ocupación en zonas residenciales es internamente estratificada, puesto que ofrece una subordinación y una explotación intensificadas para los trabajadores en la base (los ayudantes) y, sorprendentemente, ofrece algunas escaleras de movilidad ascendente para los hombres que son capaces de asegurar su posición como dueños de rutas. Hay una reproducción de la jerarquía masculina dentro de la ocupación. En primer lugar, así como las trabajadoras inmigrantes latinas realizan el trabajo que sus empleadoras anglosajonas antes hacían de forma gratuita, así también los jardineros, inmigrantes mexicanos, realizan por paga el mantenimiento del césped y el jardín que los padres e hijos adolescentes una vez realizaban. A diferencia de las empleadas domésticas, que cuidan de las personas y de la reproducción social, los jardineros realizan el trabajo manual dedicado al cuidado de bienes inmuebles, uno de los lujos y de las comodidades más importantes, y esto se traduce en el privilegio masculino de mayores ingresos. Las redes sociales masculinas entre los compadres, los miembros varones de la familia y los hombres paisanos ayudan a reclutar jardineros y también a regular la ocupación. Al igual que en el caso de las empleadas domésticas, que limpian varias casas en un día, el trabajo también debe ser realizado a un ritmo rápido, y es difícil de acometer, puesto que requiere cargar y transportar maquinaria pesada, agacharse y pararse. Pero, a diferencia de las mujeres, los jardineros inmigrantes mexicanos disfrutaban de una

relativa autonomía, libres de la vigilancia constante y de jefes anglosajones, ya que son supervisados por sus compadres y no por los dueños de las casas. Hay una continuidad directa con las tradiciones mexicanas agrarias rurales, ya que, antes de la migración, muchos de los jardineros habían trabajado al aire libre, en los ranchos. Ahora, sin embargo, cortan cuidadosamente el césped y cultivan plantas ornamentales en lugar de las plantas productivas de Mesoamérica como el maíz y el frijol. La jardinería proporciona el doble simétrico al trabajo doméstico, con lo cual se reafirma lo que divide lo público y lo privado, con el trabajo interior realizado por las domésticas y el de los hombres, en espacios cuasi públicos.

El caso de los jóvenes adolescentes, y sobre todo las niñas, que trabajan en la venta ambulante con sus padres inmigrantes mexicanos en el este de Los Ángeles, también se beneficia de un análisis de género. El caso de las mujeres y las niñas que trabajan en la calle señala el papel que las construcciones de género desempeñan en la creación y el mantenimiento de esta concentración de trabajo, así como las interrupciones nuevas en los aspectos duales de género público y privado. La feminización de esta ocupación es compatible con los ideales que las mujeres y las niñas son las más adecuadas para la preparación de los alimentos. Las obligaciones de la cocina se extienden a la calle, y en ese espacio, el público (en su mayoría clientes inmigrantes latinos) confía más en las niñas, quienes son vistas como limpias, higiénicas, no amenazantes y de fiar. No es sorprendente que las niñas y las mujeres reporten un mayor éxito en ventas que los hombres. En la familia, padres inmigrantes mexicanos imponen muchas obligaciones domésticas de reproducción social a sus hijas, y éstas se amplían para incluir la venta ambulante, en cambio, sus hermanos se escapan más fácilmente de estas obligaciones de trabajo. Finalmente, los padres mexicanos valoran la virginidad prematrimonial de sus niñas, por lo tanto, controlan a sus hijas más que a sus hijos. Ellas pueden estar vendiendo comida en las calles la noche del viernes o del sábado, pero los padres suelen estar cerca. Las divisiones del espacio público y el privado son borrosas, pero las construcciones de género establecidas en el ámbito doméstico durante siglos continúan en la vía pública de Los Ángeles.

Nuestra segunda conclusión se centra en las continuidades y discontinuidades de género en estas tres ocupaciones. Mientras vemos fuertes continuidades de segregación por sexo en el trabajo y de binarios de género públicos y privados que se reproducen en el trabajo doméstico y la jardinería, la venta ambulante interrumpe este patrón. Es cierto que hay continuidades con las mujeres vendedoras ambulantes y sus niños en México, pero, en el este de Los Ángeles, los patrones asumen una forma diferente. Los jóvenes vendedores ambulantes no son los más pobres entre los pobres ni son «niños de la calle» que viven en la calle. Estas jóvenes no se han retirado de la escuela ni están simplemente esperando encontrar marido. De hecho, estos vendedores ambulantes adolescentes continúan con su educación y, en algunos casos, el trabajo de venta ambulante que ellas hacen permite a la familia costear el pago de las escuelas católicas privadas. Las chicas ven la venta ambulante como un escalón más hacia la

movilidad, que les permite contribuir económicamente a la colectividad de la familia y alcanzar metas de educación superior. Algunas de las chicas llegan a tener más voz y mayor poder de decisión en su hogar como resultado de la venta ambulante que realizan. También nos explican que tienen más libertad de comprarse lo que quieran. Y, lo más importante, la venta ambulante facilita a muchas de las niñas un espacio liberador, que les permite salir del encierro de la esfera doméstica y les da la oportunidad de mezclarse en el vibrante ambiente público y social que se produce en las calles por la noche.

En comparación con los jardineros y las chicas vendedoras ambulantes, las trabajadoras domésticas siguen siendo las más desfavorecidas por el género. Sus ingresos más altos no se aproxima a los ingresos más altos de los jardineros y, a diferencia de las chicas vendedoras ambulantes, quienes obtienen el poder de comprar lo que quieran por medio de su trabajo, las empleadas del hogar suelen cargar con las obligaciones financieras de la familia. Mientras que el trabajo de la jardinería y de la venta ambulante facilita la movilidad espacial en la vía pública, muchas empleadas domésticas, especialmente las que viven en el hogar del empleador, o *live-ins*, se mantienen encerradas en las casas de sus empleadores, donde a menudo experimentan el aislamiento, poca posición social y poco respeto. Los vendedores ambulantes y los jardineros también pueden experimentar el estigma y la baja condición pública de sus ocupaciones, pero ellos trabajan entre sus compañeros, y su poder de generar ingreso les ofrece nuevas libertades y recompensas financieras.

El género es fluido y relacional, sin embargo, el análisis que hemos realizado de las tres ocupaciones de inmigrantes en la ciudad cosmopolita mundial de Los Ángeles muestra la fuerza del género en la regulación laboral de los hombres en la jardinería, así como en el trabajo de los jóvenes inmigrantes en la venta ambulante. Esto habla de la pertinencia de género en el estudio de la inmigración y los nichos ocupacionales entre los inmigrantes, y sugiere que el próximo capítulo de la investigación de género y la migración requerirá que el análisis de género se extienda a nuevos ámbitos.

Referencias bibliográficas

- AGUSTIN, L. M. (2007). *Sex at the Margins: Migration, Labour Markets and the Rescue Industry*. London: Zed Books.
- ANDERSON, B. (2000). *Doing the Dirty Work?: The Global Politics of Domestic Labour*. Londres: Zed.
- ANKER, R. (1998). *Gender and Jobs: Sex Segregation of Occupations in the World*. Ginebra: International Labour Organization.
- CANTU, L.; NAPLES, N. y VIDAL-ORTIZ, S. (2009). *The Sexuality of Migration: Border Crossings and Mexican Immigrant Men*. Nueva York: University Press.
- CASAS, L.O. (2010). «Money, Sex, Love and the Family: Economic and Affective Strategies of Latin American Sex Workers in Spain». *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 36 (1), 47-65.
- CHANG, G. (2000). *Disposable Domestics: Immigrant Women Workers in the Global Economy*. Boston, MA: South End Press.

- COMISIÓN EUROPEA (2010). *Report on Equality Between Women and Men 2010*. Luxemburgo: Publications Office of the European Union.
- CONNELL, R.W. (1995). *Masculinities*. Berkeley, CA: University of California Press.
- CROSSLEY, P. y PEASE, B. (2009). «Machismo and the Construction of Immigrant Latin American Masculinities». En: DONALDSON, M.; HIBBINS, R.; HOWSON, R. y PEASE, B. (eds.). *Migrant Men: Critical Studies of Masculinities and the Migration Experience*. Nueva York: Routledge, 115-134.
- DOHAN, D. (2003). *The price of poverty: Money, work, and culture in the Mexican American barrio*. Berkeley: University of California Press.
- DONATO, K.M.; GABACCIA, D.; HOLDAWAY, J.; MANALANSAN IV, M. y PESSAR, P.R. (2006). «A Glass Half Full?: Gender in Migration Studies». *International Migration Review*, 40 (1), 3-26.
- DYRNNESS, G.R. (2001). *Policy on the Streets: A Handbook for the Establishment of Sidewalk-Vending Programs*. Disertación.
- EHRENREICH, B. y HOCHSCHILD, A.R. (eds.) (2003). *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*. Nueva York: Metropolitan Books.
- ESPIRITU, Y.L. (2001). «“We Don’t Sleep Around Like White Girls Do”: Family, Culture, and Gender in Filipina American Lives». *Signs*, 26 (2), 415-440.
- ESTRADA, E. y HONDAGNEU-SOTELO, P. (2011). «Intersectional Dignities: Latino Immigrant Street Vendor Youth in Los Angeles». *Journal of Contemporary Ethnography*, 40 (1), 102-131.
- FARR, M.E. (2006). *Rancheros in Chicagoacan: Language and Identity in a Transnational Community*. Austin, TX: University of Texas Press.
- GIL, C.G. (1997). «El estudio de las migraciones internacionales desde una perspectiva del género». *Migraciones*, 1, 145-175.
- (2007). «Trabajando honestamente en casas de familia: Entre la domesticidad y la hipersexualización». *Estudios Feministas, Florianópolis*, 15 (3), 699-716.
- GONZÁLEZ-LÓPEZ, G. (2005). *Erotic Journeys: Mexican Immigrants and their Sex Lives*. Berkeley: University of California Press.
- GRASMUCK, S. y PESSAR, P. (1991). *Between Two Islands: Dominican International Migration*. Berkeley: University of California Press.
- GUTMANN, M.C. (2000). *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: Ni macho ni mandilón*. México: El Colegio de México.
- HAMILTON, N. y CHINCHILLA, N.S. (2001). *Seeking community in a global city: Guatemalans and Salvadorans in Los Angeles*. Filadelfia: Temple University Press.
- HIRAHARA, N. (ed.) (2000). *Green Makers: Japanese American Gardeners in Southern California*. Los Angeles: Southern California Gardeners’ Federation.
- HONDAGNEU-SOTELO, P. (1994). *Gendered Transitions: Mexican Experiences of immigration*. Berkeley: University of California Press.
- HONDAGNEU-SOTELO, P. (2001, nueva edición 2007). *Domestica: Immigrant Workers Cleaning and Caring in the Shadows of Affluence*. California: University of California Press.
- HONDAGNEU-SOTELO, P. y ÁVILA, E. (1997). «“I’m Here, But I’m There”: The Meanings of Latina Transnational Motherhood». *Gender & Society*, 11, 548-571.
- HUERTA, A. (2007). «Looking Beyond “Mow, Blow and Go”: A Case Study of Mexican Immigrant Gardeners in Los Angeles». *Berkeley Planning Journal*, 20, 1-23.
- KIMMEL, M.S. (2009). *The Gendered Society*. Nueva York: Oxford University Press.
- LAN, P. (2006). *Global Cinderellas: Migrant Domestic Workers and Newly Rich Employers in Taiwan*. Durham y Londres: Duke University Press.

- LANCASTER, R. (1992). *Life is Hard: Machismo, Danger and the Intimacy of Power in Nicaragua*. Berkeley, CA: University of California Press.
- LOPEZ, N. (2002). *Hopeful Girls, Troubled Boys: Race and Gender Disparity in Urban Education*. Nueva York: Routledge.
- LUIBHEID, E. (2002). *Entry Denied: Controlling Sexuality at the Border*. University of Minnesota Press.
- LUTZ, H. (ed.) (2008). *Migration and Domestic Work: A European Perspective on a Global Theme*. Londres: Ashgate.
- MAHLER, S. and PESSAR, P. (2006). «Gender Matters: Ethnographers Bring Gender from the Periphery toward the Core of Migration Studies». *International Migration Review* 40 (1), 27-63.
- MELHUUS, M. y STØLEN, K.A. (eds.) (1996). *Machos, Mistresses, Madonnas: Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*. Londres: Verso.
- MIRANDÉ, Alfredo (1997). *Hombres y Machos: Masculinity and Latino Culture*. Boulder, CO: Westview Press.
- MOROKVASIC, M. (1984). «The overview: Birds of passage are also women». *International Migration Review* 68 (18), 886-907.
- MUÑOZ, L. (2008). «*Tamales... Elotes... Champurrado*»: *The production of Latino vending landscapes in Los Angeles*. PhD Disertación. University of Southern California. Departamento de Geografía.
- NIEUWENHUIS, Olga (1996). «The Paradox of Child Labor and Anthropology». *Annual Review of Anthropology*, 25, 237-251.
- O'CONNELL DAVIDSON, J. (2006). «Will the real sex slave please stand up?». *Feminist Review*, 83 (1), 4-22.
- PADAVIC, I. y RESKIN, B.F. (2002). *Women and Men at Work*. Thousand Oaks, CA: Pine Forge Press.
- PARRENAS, R. (2001). *Servants of Globalization*. Stanford University Press.
- PARRENAS, R. (2008). *The Force of Domesticity: Filipina Migrants and Globalization*. Nueva York: New York Press.
- PEÑA, M. (1991). «Class, Gender and Machismo: The "Traacherous Woman" Folklore of Mexican Male Workers». *Gender & Society*, 5, 30-46.
- PHIZACKLEA, A. (ed.) (1983). *One Way Ticket: Migration and Female Labour*. Nueva York: Routledge.
- RAMÍREZ, H. (2011). «Masculinity in the Workplace: The Case of Mexican Immigrant Gardeners». *Men and Masculinities*, 14 (1), 97-116.
- RAMÍREZ, H. y FLORES, E. (2011). «Latino Masculinities in the Post-9/11 Era». En: BACA-ZINN, M.; HONDAGNEU-SOTELO, P. y MESSNER, M. (eds.). *Gender Through the Prism of Difference*. Nueva York: Oxford University Press, 259-267.
- RAMÍREZ, H. y HONDAGNEU-SOTELO, P. (2009). «Mexican Immigrant Gardeners: Entrepreneurs or Exploited Workers?». *Social Problems*, 56 (1), 70-88.
- RESKIN, B.F. (1988). «Bringing the Men Back In: Sex Differentiation and the Devaluation of Women's Work». *Gender & Society*, 2, 58-81.
- RUGGLES, S.; ALEXANDER, J.T.; GENADEK, K.; GOEKEN, R.; SCHROEDER, M.B. y SOBEK, M. (2010). *Integrated Public Use Microdata Series: Version 5.0* [Base de datos IPUMS-USA, disponible en la página web <http://usa.ipums.org/usa/>] Minneapolis, MN: University of Minnesota.
- SAEZ, P.A.; CASADO, A. y WADE, J.C. (2009). «Factors Influencing Masculinity Ideology among Latino Men». *The Journal of Men's Studies*, 17 (2), 116-128.

- SASSEN, S. (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- SMITH, R.C. (2006). *Mexican New York: Transnational Lives of New Immigrants*. Berkeley: University of California Press.
- TSUCHIDA, N. (1984). «Japanese Gardeners in Southern California, 1900-1941». En: CHENG, L. y BONACICH, E. (eds.). *Labor Immigration Under Capitalism: Asian Workers in the United States Before World War II*. Berkeley: University of California Press, 435-69.
- TSUKASHIMA, R.T. (1991). «Cultural Endowment, Disadvantaged Status, and Economic Niche: The Development of an “Ethnic Trade”». *International Migration Review*, 25, 333-54.
- VIVEROS VIGOYA, M. (2001). «Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity». *Men and Masculinities*, 3 (3), 237-260.
- WILLIAMS, C.L. (1989). *Gender Differences at Work*. Berkeley, CA: University of California Press.
- ZELIZER, V. (1985). *Pricing the Priceless Child: The changing social value of children*. Nueva York: Basic Books.